

IDENTIDAD CANARIA Y FE CRISTIANA

FELIPE BERMUDEZ SUAREZ
PROFESOR DE TEOLOGIA DEL CENTRO
TEOLOGICO DE LAS PALMAS

La reflexión que aporto tiene dos partes. En la primera, hablaré del problema de la identidad canaria, distinguiendo tres niveles de comprensión de este concepto. En la segunda, apuntaré algo de lo que la canariedad ha podido y puede aportar a nuestra experiencia cristiana y también aportes que la fe cristiana podría hacer al proceso de maduración de la canariedad.

I. EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD CANARIA

Hablar hoy de identidad canaria significa acercarnos a un asunto complejo. En mi opinión, para tratar el tema con cierto rigor, hay que distinguir, al menos, tres niveles, que paso a desarrollar.

1. Un pueblo con personalidad propia

Si la identidad de un pueblo se define por la realidad de una colectividad humana unida por razones geográficas, históricas, culturales y étnicas, es evidente que existe esa realidad en las Islas Canarias. En el Archipiélago canario existe una población con caracteres peculiares, fruto de infinidad de

procesos históricos y producto de un mestizaje de siglos, pero un pueblo en definitiva, con rasgos identificadores propios.

El libro de Manuel Alemán, *Psicología del hombre canario*, lo ha mostrado con lucidez, al margen de que compartamos o no las tesis defendidas por su autor en sus diversos ensayos interpretativos. Podrá discutirse si los factores configuradores de nuestra identidad colectiva son fundamentalmente los de tipo histórico o los de tipo geográfico, pero unos y otros ciertamente han producido una manera de ser y de vivir, una forma de estar en el mundo y en la historia que legítimamente podemos calificar de “cultura canaria”.

En ese sentido, se puede afirmar que existe un complejo cultural propio, un sistema de valores e ideas que como sustrato sociocultural impregna todas las manifestaciones de la sociedad canaria, desde las expresiones más genuinas de la cultura popular (costumbres, tradiciones, fiestas, folklore, arte, etc...) hasta las producciones más refinadas de las élites culturales del Archipiélago, en los ámbitos científico, literario, artístico, socioeconómico, sociopolítico... Somos un pueblo atlántico, una comunidad unida por lazos históricos, geográficos y culturales específicos.

Canarias, teniendo algo de Africa, tanto de América, mucho de Europa (la condición de encrucijada de continentes ha pesado en nuestra historia) y, sobre todo, de España, no es ni Africa, ni América, ni Europa, ni España sin más. Canarias es Canarias.

2. *Conciencia creciente de canariedad*

Otra cosa bien distinta es la conciencia de identidad, que a lo largo de los siglos ha permanecido muchas veces “neblinada”, según la expresión acertada de Manuel Alemán. No ha habido condiciones, hasta nuestros días, para que la conciencia de pertenecer a un colectivo cultural e histórico peculiar se pudiera pensar, formular y proponer como ha sucedido más recientemente.

En las épocas pasadas de la difícil historia canaria, los problemas de la supervivencia, de la imposible comunicación interinsular, de la inevitabilidad de la salida emigratoria, que se llevaba fuera a los mejores y más inquietos elementos canarios, por un lado; y los problemas del pleito insular, sobre todo a partir de principios del siglo XIX, por otro, impidieron una y otra vez la cristalización de la conciencia de canariedad.

Es cierto que los canarios en América tomaron conciencia por primera vez de su condición isleña. En el exterior, los canarios tomaron conciencia de su diferencia respecto a los otros pueblos y, a un tiempo, de su estrecha vin-

culación por su terruño común. Es significativo que los primeros movimientos nacionalistas canarios nacieran en tierras americanas (Secundino Delgado es un caso típico).

De todas formas, nuestra trayectoria histórica no siguió el mismo camino de los otros “territorios de Ultramar” (movimientos emancipatorios de todo el siglo XIX que vieron nacer a las naciones hispanoamericanas), ni el de las “nacionalidades históricas” del actual Estado español (Euskadi, Cataluña y, menos, Galicia) que lograron un alto grado de autonomía y de conciencia de identidad colectiva. Canarias, por todas esas razones y por otras que se podrían evocar (como serían el bajo índice de instrucción al que se ha tenido sometida siempre a la población canaria y la ausencia de una verdadera burguesía al estilo vasco o catalán), perdió en gran medida la oportunidad histórica que otros territorios tuvieron.

Ya en nuestro siglo, la división provincial de 1927, precedida de las luchas divisionistas, producto del pleito insular de las islas hegemónicas, y, más tarde, la larga dictadura franquista siguieron funcionando como factores distorsionantes que impedían el acceso colectivo a la conciencia de pueblo.

La década de los sesenta, con la implantación del modelo turístico, el término de la salida migratoria a Venezuela y el inicio del clima de apertura política que a la postre supondría la caída de la dictadura, hicieron que empezara a emerger esa conciencia de canariedad, pasando de la situación de “neblina” a la de toma de conciencia progresiva de la propia identidad colectiva. Como factores también coadyuvantes, habría que señalar la influencia en las islas de la descolonización del Sáhara, que convierten al Archipiélago en región fronteriza, la labor concientizadora de Antonio Cubillo, cuya emisora “Canarias Libre” ejerció en la población un influjo no despreciable. Aunque la importancia del MPAIAC en el interior fue poco significativo, no podemos decir lo mismo de la enorme y prolongada labor diplomática de Cubillo en el área de las naciones africanas, reclamando la autodeterminación del Archipiélago, reivindicación que surtió un gran efecto en la OUA a lo largo de toda una década, ante el despiste de la diplomacia española, que reaccionó bastante tarde.

Lo cierto es que los treinta últimos años de la historia canaria contemplan este fenómeno singular: algo a destiempo, con cierto retraso histórico, como todas las cosas en Canarias, la población ha ido despertando a la concientización de su propia idiosincrasia y personalidad como pueblo.

3 La expresión política de la canariedad

Los primeros planteamientos nacionalistas canarios tienen lugar al

final del siglo pasado y principios de éste, en la emigración canaria en América, concretamente en Cuba.

En los años 60 surge en el Archipiélago el Movimiento Canarias Libre, que es rápidamente sofocado, pero que expresa por primera vez públicamente el nacimiento de una conciencia.

Con la apertura democrática acontecida después de la muerte de Franco, aquella conciencia de canariedad se empieza a expresar con mayor fuerza. Sería interesante analizar la evolución de los líderes y grupos que en aquel momento sentían y afirmaban la canariedad. Dos fenómenos llaman la atención como saldo de dicho análisis, en cuyos detalles no entro: por una parte, los que consiguen buenos resultados electorales olvidan enseguida sus planteamientos canarios frente al poder central del Estado (la famosa "Unión Canaria" de Olarte y compañía se disuelve en la UCD de Suárez); y, por otra, los grupos de izquierda que enarbolan la bandera canaria se dividen y subdividen, enfrentándose en personalismos y grupúsculos cada vez más ineficaces (así, las experiencias de PCU, UPC...). Ante el fantasma del independentismo y del separatismo, se reconduce la política por cauces en los que se desaprovecha el caudal de esa conciencia emergente de pueblo.

Lo cierto es que la cristalización de la conciencia de canariedad, que ha seguido creciendo de manera ascendente en la población canaria, ha sido deficiente y ha conseguido distorsionar lo que constituía una gran posibilidad en el futuro del Archipiélago.

Mientras tanto, el pueblo ha asistido, impotente y desconcertado, a un verdadero carnaval de grupos y líderes, con infinidad de cambios de disfraces, con innumerables alianzas y pactos provisionales y efímeros, desprovistos de planteamientos ideológicos, con la finalidad al parecer única de compartir cotas inmediatas de poder (municipal, insular, autonómico o estatal).

Es un hecho también evidente que ha sido la izquierda canaria la que, con innumerables fallos y errores, ha vehiculado fundamentalmente este potencial de la canariedad a lo largo de las décadas de los sesenta y setenta. En esto, el proceso canario ha sido muy diferente al vasco o catalán, donde, como se ha dicho, las burguesías se apuntaron al nacionalismo como forma de reivindicar sus intereses.

En el clima de confusión y desconcierto creado entre la población por la evocada deficiente cristalización de la conciencia de canariedad, surgen los grupos insularistas: "mi isla por encima de todo". Y estas propuestas obtienen resultados electorales sustanciosos, sobre todo en algunas islas, particularmente en Tenerife.

Por otro lado, los diferentes grupos políticos y sociales descubren la necesidad apremiante de “salvar, defender o construir Canarias”, empezándose a ver progresivamente con ojos más positivos todo lo que suene a “nacionalismo”.

Se ha ido dando después una evolución, en la práctica política y en las ideas, de los grupos insularistas, hasta tal punto que estos grupos se empiezan a proclamar “nacionalistas”. Muchos siguen desconfiando de esta nueva profesión nacionalista de estos grupos, sobre todo al comprobar que no acaba de desaparecer el discurso insularista, sino todo lo contrario. La ley electoral vigente favorece el insularismo y está actuando como un factor negativo en la cristalización política e institucional de la conciencia de Canarias como un todo. Es, el insularista, un discurso insolidario y que envenena las relaciones entre las islas, resucitando el viejo pleito insular e impidiendo una construcción de Canarias como tal.

Surge, como sabemos, Coalición Canaria, como la alianza de los grupos insularistas con los que desde antes se consideraban nacionalistas (ICAN y AM) y con los que, en un largo periplo, han arribado a posiciones de defensa de lo canario después de haber compartido y perdido cotas de poder al nivel del Estado (CCI). A la alianza se suman el PNC, de escasa significación hasta el momento, y grupos cercanos a los planteamientos independentistas.

Dentro de la Coalición hay tensiones y contradicciones muy fuertes, que nos permiten dudar si el nuevo intento de vehicular la toma de conciencia canaria tendrá futuro o será, una vez más, nube mañanera.

Las tensiones o contradicciones se sitúan a diversos niveles. El debate político actual tiene que afrontar, irremediablemente, la tensión insularidad-canariedad y la tensión canariedad-españolidad. Además, el debate ha de afrontar la otra gran contradicción de esta sociedad del bienestar, cuyo modelo de desarrollo ha creado la sociedad de “los tres tercios”: los situados, los que sobreviven y los marginados, con el correlato de los grupos que defienden, más o menos, los intereses de unos o de otros.

El problema que afronta, pues, la Comunidad canaria es político: cómo articular los diferentes intereses en juego, de manera que se aproveche el caudal de fuerza y de esperanza para el futuro de las Islas que sigue constituyendo la conciencia emergente de canariedad.

Sigue pendiente, por tanto, como reto fundamental ante el fruto de Canarias, la articulación y la adecuada expresión político-institucional de la conciencia colectiva canaria, que se ha visto reforzada, por primera vez en la historia, con un grupo parlamentario canario en Madrid.

El problema canario es, además, cultural: cómo construir un proyecto común y solidario entre todos los canarios, donde prevalezca la conciencia de pertenencia a una comunidad o pueblo sobre la tendencia a la insularidad como frontera y elemento de división. Canarias, en este sentido, está por hacer. La identidad canaria es un proyecto dinámico y abierto. Canarias se está construyendo.

II. LA FE CRISTIANA

En un primer apartado, hablaré de lo que la canariedad puede aportar a nuestra experiencia cristiana. En el segundo, lo que los cristianos podemos ofrecer al momento canario.

1. *El valor de la canariedad*

Para muchos de nosotros, la experiencia de intentar vivir la fe en Jesucristo el Señor, desde la plural vocación de laicos, presbíteros o consagrados, ha coincidido con la experiencia del despertar canario al que antes hemos aludido, vividas ambas apasionada e ilusionadamente.

Los 30 años de aplicación entusiasta del Concilio Vaticano II en nuestra Iglesia local, tal como mencionó ayer el Profesor Segundo Díaz, han sido vividos por muchos de nosotros en íntima y fecunda relación con el despertar canario al que hemos aludido en la primera parte.

Las circunstancias nos obligaron a vivir ambas dimensiones de manera armónica y existencial, no exenta muchas veces de conflictividad, con tensiones externas y desgarramientos interiores. Recordemos que hace unos pocos años, defender lo canario y pretender ser nacionalista suponía automáticamente ser tachado de “separatista”, de “marxista” y hasta de “terrorista”.

Asumir lo canario y defenderlo, con todas las consecuencias, se convertía entonces en motivo de compromiso evangélico. Porque la motivación que nos inducía a valorar y potenciar lo canario provenía claramente de la fe, con las inevitables mezclas ideológicas que son inherentes a todo planteamiento que incida en lo sociopolítico y en lo sociocultural. Entendíamos que el Reino de Dios pasaba por valorar, defender y potenciar la identidad de nuestro pueblo, los derechos de unas personas a las que no se les reconocía su dignidad colectiva.

Para muchos cristianos de las islas, lo canario significó un estímulo para revivir y recrear la fe, intentando ser fieles al Dios de la historia, al Dios que

escucha el clamor de los oprimidos y que promete tierra y libertad a todo pueblo esclavo y sometido.

De esta forma, la fe se hizo más arriesgada, especialmente cuando las opciones que brotaban de la misma eran incomprendidas y perseguidas.

Se puede sostener que el factor canario contribuyó a la intrepidez y generosidad de la fe de muchos creyentes de las islas y ayudó a las Iglesias Diocesanas de Canarias a comprender la necesidad de inculturación de la fe, para ser fieles al mensaje de Jesús. El despertar canario funcionó así como dinamizador de la fe de muchos cristianos, de muchas comunidades cristianas, al ser asumido como reto del momento histórico.

Si se nos permite el juego de palabras, el “con-texto” canario sirvió verdaderamente de “pre-texto” para poder leer en su realidad concreta el “texto” de la llamada del Espíritu del Dios a participar con El en la construcción de la nueva humanidad en el aquí y ahora de la historia.

Lo canario ha ido dando color a nuestras liturgias, a nuestro estilo peculiar de vivir la fe en Jesucristo Resucitado. Incluso ha ido surgiendo una reflexión teológica que, al nacer en nuestra tierra y pretender ser un servicio a la fe de nuestras comunidades isleñas, está brotando teñida de canariedad, enriqueciendo la plural comunión de las iglesias y la riqueza variada del Cuerpo místico de Jesucristo el Señor.

2. La aportación cristiana

Por otra parte, la experiencia de la fe nos ha ayudado a los cristianos a situarnos de manera especial ante el tema canario. Destacamos varios aspectos en los que la fe cristiana ha aportado o está llamada a aportar al momento de despertar canario.

Ante todo, la fe en el Señor Resucitado ayuda a relativizar, en el sentido más propio de esta palabra, la adhesión al nacionalismo. Relativizar, es decir, ponerlo en relación con lo único absoluto. Lo canario es un valor en tanto y en cuanto es algo que interesa al Reino de Dios y su justicia.

Todo proyecto temporal siempre lleva en sí mismo la impronta de lo provisional y transitorio, ante la trascendencia del Proyecto del Reino. El cual puede crecer “ya” en medio de la historia, pero “todavía no” tiene aquí su realización plena.

En segundo lugar, en virtud de nuestra permanente atención al Reino, los cristianos somos alertados para evitar toda identificación acrítica con los

intereses de la propia nacionalidad. Puede haber una tentación egolátrica en el culto a la propia nacionalidad, convirtiéndose en opresora y negadora del otro diferente. El cristiano, escribió hace mucho tiempo Torres Queiruga, ha de estar siempre dispuesto a “perder su vida” narcisista y opresora para “ganarla” en la auténtica fraternidad de los otros pueblos.

Pensemos, para concretar esta sugerencia, en lo rechazable de un nacionalismo canario que cerrara su entraña y su hospitalidad a los inmigrantes que están llamando a nuestra puerta cada día en mayor número e indignidad, pidiendo simplemente pan, techo y acogida.

Por ello, la fe ayuda al sentimiento de identificación canaria a permanecer siempre abierto a la universalidad. Cerrarse en nuestro entorno insular sería, además de empobrecedor, algo opuesto al mensaje universal —católico significa universal— del Evangelio. La universalidad de la experiencia cristiana invita constantemente a la conciencia de canariedad a no clausurarse sobre sí misma, sino a descubrir la riqueza de los otros pueblos, de otras culturas. Que la superación del viejo complejo de inferioridad no nos lleve, por un vaivén, comprensible a veces, pero inadmisibles por sistema, a la supervaloración propia y al desprecio del otro, del hombre o mujer que no sean de nuestro pueblo.

Cuando, en el clima de agresividad que en pasadas décadas se vivió en las islas, llevándose hasta el extremo del rechazo indiscriminado del español peninsular (el “fuera godos”), los cristianos aportábamos el elemento de la fraternidad de la fe más allá de las fronteras geográficas y culturales, contribuíamos de manera notable a esta mirada amplia y enriquecedora de la conciencia de canariedad.

La militancia de muchos cristianos en grupos políticos y sindicales de izquierda, portadores en grado relevante de la conciencia nacionalista canaria, como indicábamos antes, ha supuesto, y creo que la historia que se haga de las tres últimas décadas debería reconocerlo, una importante contribución en esta línea.

Finalmente, como tercer aspecto a subrayar, la fe cristiana ha estado permanentemente insistiendo, al hilo del surgimiento, desarrollo y cristalización institucional de lo canario, en los intereses y los problemas de los débiles, los pobres, los humildes, como un elemento fundamental a tener en cuenta a la hora de concretar cualquier planteamiento político o institucional canario.

El Evangelio siguió siendo para los cristianos presentes en los grupos y movimientos de acento canario, una llamada insistente a contar con los que

no cuentan, a pensar en los que no tienen, a hacer participar a los que son marginados.

Es, por otra parte, algo que los cristianos tenemos que seguir aportando en cualquier momento histórico, en cualquier situación sociocultural.

A modo de conclusión:

En el marco de estas Jornadas de Teología, deseamos que la experiencia de nuestra fe cristiana se siga enriqueciendo en su empeño de expresarse y vivirse en el seno de la canariedad emergente. Y que la experiencia apasionante de contribuir al despertar de un pueblo se vea asimismo fecundada y enriquecida con la modesta pero significativa aportación de los que, en estos últimos años del siglo, queremos seguir a Jesús de Nazaret, el Cristo, en nuestra querida tierra canaria.

Felipe Bermúdez Suárez